

didados, sin trabajo, sin instruccion, sin aseo; eran frecuentes las fiebres carcelarias, y por lo mal seguro de los encierros se sujetaba con grillos á los presos, dejándolos expuestos á las injurias de los carceleros, que con frecuencia prolongaban la pena á su talante, mientras otras veces permitian la entrada á los que iban á jugar y beber con los detenidos. No estaban mejor las cárceles en Irlanda y Escocia, pero eran rarísimos los delitos por hallarse difundidos el sentimiento de la propia dignidad y la instruccion. En Suecia todos los sábados un oficial de la cancillería debía visitar las cárceles, las cuales estaban arregladas con mas sensatez y ménos inhumanidad. En Dinamarca se encadenaba tambien á los acusados de homicidio; se azotaba, enrodaba y ahorcaba en las plazas públicas, y en los infanticidios, que eran frecuentes, la reo era condenada á prision por toda su vida, y cada año en el día aniversario del delito era sacada de la cárcel para ser azotada, volviendo despues á la prision. En Rusia las cárceles eran como de Bárbaros y tambien los particulares las tenían.

En Holanda por el contrario reinaba en ellas el orden y el aseo, habia la debida separacion de sexos, estaban distribuidas las horas del día, tenían los presos médicos vigilantes y oficio divino en las fiestas, y los carceleros eran llamados padres y madres. Habia tambien aposentos para encerrar á los muchachos de mala conducta á petición de sus padres, práctica usada en toda Alemania, donde sobre la puerta de estos aposentos se escribía el nombre de cualquier país para poder responder que los hijos se hallaban en la India, en Francia ó en Italia. En Alemania existían pocos presos, acelerándose los procedimientos y obligándose á los sentenciados á trabajar en la recomposicion de calles y en las fortificaciones. No habia calabozos, pero continuaba el tormento, excepto en Prusia, y los presos debían ganar su vida con el trabajo ó la limosna. En Hamburgo el carcelero hacia igualmente el oficio de verdugo; en Manheim y en otros puntos se daba la bienvenida y la despedida á los presos con una buena paliza. En Gante los Estados de Flándes habian construido una buena casa de correccion.

La Francia se hallaba en esta parte muy atrasada: muchos infelices eran sepultados en subterráneos, lo mismo en Paris que en las provincias, no obstante los socorros que les proporcionaba una sociedad fundada con este objeto en 1753, y á pesar de que una hermana de la Caridad asistía á todas las cárceles. Los encierros de la Bastilla eran pésimos. Tambien en Suiza se tenía encadenados á los presos: los juicios, sin embargo, eran prontos; los sentenciados á penas mas graves debían barrer las calles llevando un collar de hierro al cuello, otros hilaban y tejían, y todos eran mantenidos de los fondos públicos. En todas las provincias de España, á excepcion de Navarra, duraba la tortura; los procedimientos judiciales eran lentos; los carceleros alquilaban por dinero

los encierros y aligeraban las cadenas; dos individuos del consejo privado tenían obligacion de visitar anualmente las cárceles y facultades para mitigar las penas. En el magnífico establecimiento de San Fernando, cerca de Madrid, se recogían los libertinos y los vagos, se les vestía uniformemente y se les daba ocupacion regular y ordenada. La sociedad de la Misericordia en Portugal, compuesta de ilustres personas, socorria á los presos pagando por aquellos que no tenían dinero los derechos de excarcelacion que se cobraban al salir. En algunas provincias los presos no vivían sino de limosna; los procedimientos eran larguísimos y los carceleros permitían á los presos la salida bajo palabra de volver al encierro.

En Turin las cárceles eran pésimas; no las habia mejores en Milan, si se exceptúa la casa de correccion; los plomos y los pozos de Venecia conservaron novelesca infamia. El Estado de Luca solía mandar sus delinquentes á Venecia ó á Génova pero despues se procuró unas malas cárceles. En Toscana el gran duque Leopoldo las habia preparado mejores; en Génova con mucha prudencia se habian destinado prisiones distintas para los deudores, las mujeres y los demas reos. Las cárceles de Roma eran mejores en apariencia que en realidad, y las de Nápoles rebosaban de presos sin aire y sin trabajo.

Á José II le dijo Howard que sería mejor la horca que las fortalezas austriacas. Honrado con el título glorioso de padre de los presos, decia: « Los delinquentes deben vivir aislados en celdas separadas y ocuparse en algun trabajo. Si viven reunidos, tendrán vergüenza de inclinarse al bien; pero abandonados á sí propios, podrán avergonzarse del mal. El hombre solitario siente su propia debilidad, teme mas que espera y no emprende cosa mala. La soledad y el silencio aumentan el pavor que causa el delito, inducen el ánimo á la reflexion, y la reflexion lleva al arrepentimiento. El malvado es un hombre depravado: en el recogimiento y la calma se purifica, y las horas de silencio y de meditacion atraen á mas hombres extraviados ó criminales al amor, al orden y á la honradez que los castigos mas severos. »

En Alemania la agricultura estaba enteramente descuidada, especialmente en las provincias que compusieron la Prusia: los grandes propietarios intrigaban en las ciudades ó combatían, dejando las posesiones á merced de arrendadores y colonos desprovistos de conocimientos y de recursos para mejorarlas. Alberto Thaer, natural de Hannóver, habiendo estudiado los métodos y prácticas de Inglaterra, estableció en Celle una especie de escuela rural, y escribió primero un tratado sobre la agricultura inglesa (1794), y despues los anales de la agricultura. Mitterpacher, de Buda, dió tambien en latin el primer curso completo de este arte, el cual fué traducido en todas lenguas.

Godofredo Copley fundó en la sociedad real de Lóndres un premio para los mejores expe-

rimentos dirigidos á procurar la conservacion de los hombres, cuyo premio fué adjudicado al capitán Cook, que logró llevar á cabo sus memorables expediciones con tan poca pérdida de gente. El Inglés Hawes estableció la sociedad filantrópica para socorrer á los muertos en apariencia, para evitar los enterramientos precipitados y auxiliar á los ahogados. Enrique Pestalozzi en Zurich introdujo nuevos métodos de educacion razonados, á propósito para la vida, no para la escuela, y sin caer en los sueños de Juan de Jacobo; y lo mismo que Fellenberg procuraba rodearse de niños pobres para hacerlos hombres de bien. Con este mismo objeto trabajaba el abate Gaultier para hacer agradable y entretenida la instruccion.

Ark-
wright.
1732.
1792.

Ricardo Arkwright, del condado de Lancáster, decimotercio hijo de una familia pobre, fantaseando hallar el movimiento perpétuo, vió luego que á esta estéril investigacion podia sustituir la de los medios de auxiliar la industria de la poblacion, entre la cual se criaba. Habia comenzado entónces Inglaterra á tejer los algodones ó indianas en vez de traerlas del país de que habian tomado este nombre; pero se hacia la urdimbre de hilo de lino para que fuese bastante sólida, y el algodón para la trama era hilado á mano. Arkwright arrojando las privaciones de la pobreza montó en su casa un aparato para hilarlo á máquina, y muy luego estableció una fabrica de estos hilados (1771). Perseguido como todos los innovadores, venció á sus enemigos con el buen éxito, y murió seguro de haber dotado á su patria y al mundo de un instrumento que pondría á baratísimo precio las telas, hasta entónces reservadas tan solo á los ricos.

Watt.
1736.
1819.

Mayor influencia debía ejercer Jacobo Watt, Escocés, perfeccionando las máquinas de vapor para darles regularidad y precision. Pensando aplicarlas á la industria, primero las usó (1764) para extraer el agua de las minas de carbon de Kinneil, y luego asociado con Boulton, rico fabricante de Birmingham, compuso máquinas que cedia á los mineros, sin mas condicion que la de que le diesen la tercera parte de lo que ahorráran en combustible; lo cual le produjo inmensas sumas. Á esto se limitó durante el siglo anterior la aplicacion de un invento que en el nuestro debía adquirir la importancia que todos vemos.

Así se comenzaba á elevar al pueblo por medio de la compasion, queriendo los señores hacerse perdonar la desproporcion de los gozes, sacando de ella los escritores nuevas inspiraciones y proclamando nuevos héroes, buscando los filántropos sinceramente el bien; de todo lo cual resultaban la benevolencia universal, el culto de la humanidad. Entre esta aspiracion hácia las mejoras en nombre de la filantropía, como en un tiempo en nombre de la caridad, hubo que deplorar grandes delirios; por odio á los errores viejos se difundieron muchos nuevos; proclamábase ante todo la experiencia y se

rechazaba aquella que el género humano habia hecho en tantos siglos, costando millones al Estado y la ruina á muchas familias algunos de los nuevos experimentos. Quiso con la atraccion de Newton explicar la formacion del feto y la de las montañas; y hasta los geómetras sostuvieron que con dar exaltacion al alma se podia adivinar el porvenir. Impugnóse el *mio* y el *tuyo*; se miró la sociedad como una perversion del hombre.... Pero la filosofía, que tenía por principios los derechos del entendimiento y por objeto los progresos de la humanidad, contestaba á los que la acusaban por semejante doctrina mostrándoles las mejoras como obra suya; y haciéndose mas absoluta, abandonando toda especie de dudas, satisfecha de sí misma, alzaba contra lo pasado una bandera, cuyo lema era *razon y filantropía*.

CAPÍTULO X

Supresion de los Jesuitas

La sociedad recibía, pues, ataques multiformes de las doctrinas enciclopedistas, de las ciencias, de los intereses. Tanto incremento de ideas revolucionarias no podia tener por resultado sino grandes y positivos hechos; y su primer triunfo fué la destruccion de la Compañía de Jesus. Ya hemos visto que se instituyó para oponerse á la Reforma y que detuvo los progresos del protestantismo; pero á la sazón el espíritu de independencia proclamado por los protestantes renació, y encontrando aquella barrera, trató de derribarla. Con una organizacion admirable por la unidad de accion que reinaba en todos sus reglamentos, se habia elevado á tal punto de grandeza que llegó á intimidar á toda Europa, lo mismo al pueblo que á sus opresores, y á atraerse la persecucion en el siglo que proclamaba tolerancia.

Como nacida cuando las letras estaban en todo su esplendor, la sociedad de los Jesuitas, en vez de obstinarse en hacer retroceder la civilizacion, en proclamar la pobreza, en combatir las doctrinas, secundó el movimiento dedidándose á la instruccion de la juventud, que estaba muy descuidada. Los Jesuitas en lugar de esconderse en los desiertos, aspiraron á dirigir las córtes y los reyes; con academias, teatros, partidas de campo, ejercicios gimnásticos, preparaban á sus alumnos para la vida social; en sus iglesias ofrecían trabajo á los artistas; en las misiones buscaban al mismo tiempo que el fruto de las almas la utilidad de los cuerpos; y así como enriquecieron la farmacia con la quinina, así tambien con el chocolate mitigaron el rigor de los ayunos. Transformábanse, en una palabra, según la marcha del siglo; y este, mientras se burlaba de los frailes Franciscos por lo sucios, de los Dominicos por lo perseguidores, de los Cistercienses por su ociosidad, de los Cartujos por lo contemplativos, se hallaba bien con los

Jesuitas, que vestían del mismo modo que lo restante del clero, que desempeñaban misiones en las colonias, que eran poetas festivos, escritores elegantes, diligentes historiadores á usanza de escuela, cortesanos expertos que conociendo las debilidades de la época se proponían dirigirlos á bien, y publicistas además de una libertad anterior y superior á la de los filósofos.

Mas no es esto decir que entendiesen el progreso á la manera del siglo, esto es, como un divorcio con lo pasado y con la Iglesia: antes por el contrario eran muy adictos á Roma. Cuando el pontífice desaprobaba ciertos actos de tolerancia que habían tenido en las misiones de la China ó del Malabar, no vacilaban en obedecer aunque debieran perderse las conquistas hechas en dos siglos de martirios y la esperanza de convertir el mayor imperio del mundo. Sostenían las pretensiones de la corte romana con una tenacidad que era por lo ménos igual al creciente anhelo de emancipación. Así inspiraba celos á las demás órdenes religiosas la superioridad adquirida por estos clérigos, en quienes desaprobaban el espíritu mundano y el no haberse sometido á las austeridades prescritas por las prácticas antiguas, acusándolos también de haberse desviado de su primitivo instituto y dedicado con exceso al cuidado de intereses terrenales y á lisonjear á los poderosos.

El que entraba en la Compañía, en vez de renunciar á sus bienes, los dejaba á la casa, conservando el donador su administración por toda la vida. Al principio eran pocos los que hacían los cuatro votos, y estos vivían de limosna, dedicándose exclusivamente á la vida espiritual, mientras los coadyutores atendían á los cargos administrativos y á las ocupaciones temporales; de esta suerte se podía tener rigor en la elección y los unos vigilaban á los otros. Despues se introdujo la práctica de que los profesos desempeñaran los cargos y pudieran ser rectores y provinciales; lo cual haciendo desaparecer la oposicion, disminuyó el rigor de la elección y abrió campo á las ambiciones. Algun general pensó en introducir una reforma, pero no pudo conseguirlo, antes bien moderándose la monarquía originaria con las ideas constitucionales de la época, al lado del general se puso un vicario.

Sus escuelas no estaban ya tan florecientes como cuando eran únicas, aunque conservaban el arte tan difícil como importante de inspirar á los discípulos y á los maestros afición al estudio. Si daban todavía la instrucción gratuita, en cambio recibían regalos, preferían á los hijos de familias ilustres, y esto relajando la disciplina, dió mas de una vez ocasion á contiendas, sublevaciones y hasta asesinatos (1).

(1) D'Alembert decía: « Le plus difficile sera fait quand la philosophie sera délivrée des grands grenadiers du fanatisme » et de l'intolérance: les autres ne sont que des cosaques » et des pandours, qui ne tiendront pas contre nos troupes réglées. » (Oeuvres, t. XV, pag. 296.) Y Ducloux, otro escritor filosófico, en su *Voyage en Italie*, p. 40, maravillán-

En Italia eran los Jesuitas los que mejor escribían, lo que no quiere decir que lo hiciesen bien; en Francia con el diario de Trevoux ocupaban un lugar entre la literatura militante, dirigiendo su crítica seria, erudita, picante á conservar la pureza del idioma contra los innovadores; la recta inteligencia de los hechos, y la condicion sólida, contra los escépticos y los epicúreos.

Viendo al mundo alejarse cada dia mas de las prácticas religiosas, trataron de aliviarle de ellas lo posible, y para que los Cristianos no rompiesen el freno demasiado tirante, prefirieron aljorarlo buscando excusas para los extravíos hasta donde era posible hallarlas sin disculpar el delito. Algunos Jesuitas definen el pecado una separacion voluntaria de la ley de Dios, y sostienen por tanto como circunstancias indispensables para su existencia el conocimiento de la culpa y el perfecto acuerdo de la voluntad (1). De aquí se deducía con sustileza escolástica un sistema laxo en que la pasión, el ejemplo, la costumbre, se presentaban como disculpas. Unos disculparon el duelo siempre que el no admitirlo privase del honor ó de la categoría; otros excusaron el perjurio siempre que se hubiese prestado el juramento sin intencion interior de cumplirlo (2); otros sostuvieron que en los casos de duda respecto de actos no absolutamente pecaminosos, podía seguirse la opinion

dose de la envidia que las otras órdenes tenían á los Jesuitas y del júbilo *jusqu'au scandale* que manifestaron cuando su supresion, añade: « Le premier coup de tonnerre est tombé » sur la Société, arbre dont la tige perçait la nue; mais que » de moines doivent penser que, si l'on coupe les chênes » avec la coignée, on fauche l'herbe. » (*Voyage en Italie*, p. 40.) Y Voltaire: « Une fois que nous auront détruit les Jesuites, » nous aurons beau jeu contre l'Infâme, » escribia Voltaire á Helvecio en 1761.

El mismo Voltaire, que había sido educado por los Jesuitas, en otra carta de 7 de febrero de 1746, decía: « Pendant sept » années que j'ai vécu dans la maison des Jesuites, qu'ai-je » vu chez eux? la vie la plus laborieuse et la plus frugale; » toutes les heures partagées entre les soins qu'ils nous donnaient et les exercices de leur profession austère. J'en » atteste des milliers d'hommes élevés comme moi. C'est sur » quoi je ne cesse de m'étonner qu'on puisse les accuser » d'enseigner une morale corruptrice. Ils ont eu, comme les » autres religieux, dans des temps de ténèbres, des casuistes » qui ont traité le pour et le contre de questions aujourd'hui » éclaircies ou mises en oubli: mais de bonne foi, est-ce » par la satire ingénieuse des Lettres Provinciales qu'on doit » juger leur morale? c'est assurément par le père Bourdaloue, » par le père Cheminai, par leurs autres prédicateurs, par » leurs missionnaires. Qu'on mette en parallèle les Lettres » Provinciales et les sermons du père Bourdaloue, on apprendra » dans les premières l'art de la raillerie, celui de presenter » des choses innocentes sous des faces criminelles, celui » d'insulter avec éloquence; on apprendra avec le père Bourdaloue à être sévère pour soi-même, indulgent pour les autres. » Je le demande alors: de quel côté est la vraie morale? et » lequel de ces deux livres est le plus utile aux hommes? J'ose » le dire, il n'y a rien de plus contradictoire, de plus inique, » de plus honteux pour l'humanité, que d'accuser de morale » relâchée des hommes qui mènent en Europe la vie la plus » dure, et qui vont chercher la mort au bout de l'Asie et de » l'Amérique ».

(1) FR. TOLEDO. — BUSEMBAUM.

(2) *Privandus aliqui ob suspicionem ignavia, dignitate, officio vel favore principis. — Qui exterius tantum juravit sine animo jurandi, non obligatur, nisi ratione scandali, cum non juraverit sed luserit.* BUSEMBAUM, *Medula theol. moralis*, lib. III, tratt. 4, cap. 1, dub. 4, art. 1, n. 6; tratt. 11, cap. 2, dub. 4, n. 8.

probable, esto es, aquella que hubiese sido defendida por algun autor estimado, ó bien para aquietar los escrúpulos, aquella que fuese mas indulgente (1). Estas son las doctrinas laxas de que les hemos visto acusados por las provinciales (2), las cuales fueron no solo un manifiesto de guerra á muerte entre jansenistas y Jesuitas, sino un golpe terrible y de mayor trascendencia de la que Pascal se imaginaba. Como los Jesuitas eran omnipotentes en los últimos años del reinado de Luis XIV, fuéronles imputados los insanos rigores usados con los jansenistas, y los secuaces de estos ilustres extraviados se los pagaron con un odio activo y enérgico, que al fin pudo desfogarse cuando los parlamentos recobraron la dominacion, los cuales por una extraña desviacion se dedicaron á cuestiones de teología, en vez de limitarse á administrar justicia.

Los Jesuitas tenían entónces por contrarios á los Dominicos por la oposicion tomista; á los Franciscos por la grande autoridad en las misiones; á los párrocos, cuyas funciones invadían; á los individuos de la universidad por la competencia en que entraban, aunque sin privilegios, con sus escuelas; á los obispos que lo mismo que los gobiernos tendían á localizar la autoridad, mientras ellos eran ardientes defensores de la autoridad universal pontificia; á los comerciantes que temían la competencia de gente tan activa y que, exenta de impuestos, podía vender á menor precio. Sobre todo los jansenistas desaprobaban en sus adversarios la condescendencia con el siglo, el erigirse en defensores de la libertad y el poder de la voluntad humana y de devociones como el Sagrado Corazon y otras que les parecían irreverentes (3); y en sus *Casuistas*, libros escritos para los directores de las conciencias y en latin, fueron á buscar indecencias, no difíciles de encontrar, como tampoco lo son en libros de medicina.

Era natural que no incomodasen tanto á los

(1) SA, *Aphorismi confessoriorum*: « Potest quis facere » quod probabiliter ratione vel auctoritate putat licere, etiam si » oppositum tutius sit; sufficit autem opinio alicujus gravis » auctoris ».

BUSEMBAUM, Op. cit. lib. I, cap. 3: *Remedia conscientie scrupulosa sunt: 1º scrupulos contemnere; 2º assuefacere se ad sequendas sententias mitiores, et minus etiam certas.*

(2) Si puede recomendarse á la pasiones moderacion, rogamos al que lea este capitulo que tenga á la vista el relativo al *Jansenismo*, que es el XI del libro precedente.

(3) Dice que Godwin, Arminiano, capellan y confidente de Cromwell, fué el primero que pensó en tributar un culto particular al Sagrado Corazon de Jesus. El padre Colombiere, uno de los Jesuitas refugiados en Francia con los Estuardos, confesor de la duquesa de York, quiso introducir esta devocion entre los Católicos; á este efecto le sirvieron las visiones de una tal María Alacoque, cuya vida y revelaciones fueron referidas posteriormente por el obispo de Soissons en un libro que por su ingenuidad excesiva excitó la risa de los filósofos y el escándalo de los prudentes. Desde entónces el culto del Sagrado Corazon se extendió por medio de los Jesuitas, combatido vivamente ya por los jansenistas, ya por el parlamento, y no favorecido por Roma, por lo cual aquella imagen llegó á ser casi un signo de reconocimiento entre el partido jesuitico. Como tal la hemos visto combatida aun en nuestros dias despues que ha obtenido la sancion del tiempo y de la autoridad.

filósofos las órdenes antiguas como esta orden nueva que tenía instrucción y conocimiento del mundo, y que conociesen que no podían destruir aquellas sin pasar por los cadáveres de estos que llamaban genizaros de la Santa Sede. Los reyes, que iban concentrando en sus manos toda la autoridad, tampoco debían congeniar con aquellos padres que la esquivaban, y que siendo numerosísimos y estando difundidos en todas las partes de la tierra é informados de todo cuanto los importaba por medio de correspondencia pronta y segura, se concertaban con su general en Roma, el cual podía disponer de cada uno de ellos con autoridad absoluta. Por otra parte decíase que la Compañía era sumamente rica; se hablaba de botes de oro en polvo amontonados en las cuevas de sus colegios; de cajones remitidos á cualquiera de aquellos y que desclavados por los aduaneros, en vez de chocolate, habían ofrecido á la vista láminas de oro puro; y todo esto excitaba la codicia de los reyes, que, teniendo sus arcas exhaustas, esperaban remediar sus necesidades con la confiscacion de tantas riquezas (1).

Cuando á una persona ó institucion le hacen la guerra hombres y partidos discordes y sin reparar en los medios, puede muy bien decirse que la causa de esta guerra es enteramente distinta de la que se confiesa.

Las misiones lejanas establecidas por los Jesuitas se mantenían con los productos de sus terrenos propios; esto es, con las especias y las manufacturas de los colonos. Para cambiar estas por los artículos necesarios á la vida, era preciso remitirlas á Europa, á cuyo fin había almacenes en Lisboa, donde cada provincia tenía un procurador jesuita que las recibiese, vendiese, y con el producto comprase lo necesario para los padres y los neófitos. Eran, pues, negociantes con casas de expedicion, bancos, y especulaciones; el colegio romano hacía fabricar paños en Macerata; entre los diversos colegios y con las colonias se hacían negocios de cambio, y de aquí que la orden jesuitica tuviese un aire mercantil mas adaptado al espíritu del siglo que al espíritu religioso.

Pareció á los papas que el tráfico desdeca de hombres religiosos, y Benedicto XIV renovó la prohibicion ya decretada por Urbano VIII. Despues en otra bula del mismo año prohibió á los obispos americanos, dependientes de Portugal, que redujesen á la esclavitud los Indios, los comprasen, vendiesen ó cambiáran, los separasen de sus mujeres é hijos ó les privasen de

(1) En tiempo de la supresion, la Compañía estaba dividida en seis asistencias: Italia, Francia, Alemania, España, Portugal y Polonia, y cada una tenía un representante cerca del general. Formaban cuarenta y una provincias con veinticuatro casas profesas destinadas á la cura de almas, mientras se daba la enseñanza en seiscientos sesenta y nueve colegios, sesenta y un noviciados, ciento setenta y un seminarios, además de trescientas cuarenta residencias y doscientas sesenta y una misiones. Los Jesuitas eran veinticinco mil quinientos ochenta y nueve, entre ellos once mil doscientos noventa y tres sacerdotes, distribuidos entre mil quinientas cuarenta y dos iglesias.

algun modo de la libertad: disposición digna del padre de los fieles, pero que no podía de un golpe ser puesta en práctica en las misiones, donde los Jesuitas eran amos y padres de gente sin experiencia.

Ocurrió á la sazón un extraño incidente. El padre La Valette, procurador general de las misiones en las islas Francesas, después superior y por último visitador general, hacía el comercio en grande escala; y en la Martinica edificó una calle entera y habitaciones, almacenes y talleres; en la Dominica estableció una casa de comercio, compró Negros, hizo el contrabando con las Barbadas, tenía correspondencia y bancos en muchas partes de Europa, hacía grandes negocios de giro y libraba sobre la casa de Lioney hermanos, de Marsella, sumas considerables á cuenta del azúcar, añil y café que enviaba. Había librado por valor de millon y medio de francos y enviado dos buques cargados de mercancías cuando estalló la guerra de 1755, y apresados sus buques por los Ingleses, los corresponsales de Marsella tuvieron que suspender los pagos. Los acreedores no pudiendo obtener subsidios de los Jesuitas y del padre Ricci, su general, entablaron la demanda contra toda la Compañía ante el consulado de Marsella, que les autorizó para secuestrar los bienes de la orden hasta la suma á que ascendía la deuda, es decir, 1.502,226 francos. Contestaron los Jesuitas que el padre La Valette había violado las constituciones traficando, y que no debía toda la orden pagar las obligaciones de uno de sus miembros. El consejo de Estado, á quien se sometió el asunto, pidió las constituciones para examinarlas, y los Jesuitas en vez de echar tierra al proceso pagando, las entregaron á aquellos sus declarados enemigos: tan inocentes las reputaban. Pero el parlamento, aguzando la vista, descubrió en ellas que los bienes de los Jesuitas eran propiedad comun é indivisible: y como las especulaciones del padre La Valette se habían hecho á sabiendas y en provecho de la sociedad que poseía el establecimiento de la Martinica, la declaró obligada á pagar la deuda con costas é intereses (1762).

Pero mas terrible tempestad se formaba en aquellas misiones del Paraguay que en otro lugar hemos admirado (1) y que fueron el primer obstáculo en que tropezaron. Los Españoles y los Portugueses estaban en disputas continuas á causa de sus fronteras en las colonias de Asia y América, mal determinadas por la famosa demarcación de Alejandro VI. Los Portugueses, que pretendían la posesión de toda la costa del Brasil hasta el límite natural del Rio de la Plata, fundaron á la izquierda de aquel rio la Colonia del Sacramento (1680). De aquí se siguieron guerras en que padecieron mucho las parroquias de los Jesuitas en el Paraguay; la disputada Colonia del Sacramento cambió muchas

(1) Tomo IV, lib. XIV, cap. 41.

veces de dueño, hasta que en el tratado de Madrid de 1750 se convino que derogándose los pactos anteriores, correspondiesen á la España las Filipinas y las islas adyacentes; que el Portugal conservase cuanto poseía á orillas del Rio de las Amazonas y en el distrito de Mato Grosso, que cediese la Colonia del Sacramento y sus pertenencias en la orilla septentrional del Rio de la Plata, reservado únicamente á la navegación española, y que en compensación recibiera todo el territorio situado entre la orilla septentrional del Ibiari y la oriental del Uruguay.

En este territorio estaban precisamente siete comarcas ó reducciones, fundadas por los Jesuitas en el Paraguay, como hemos dicho. Entonces Gómez Pereira, noble portuguez y grande arbitrista, comenzó á decir que el Paraguay rebosaba de oro, que los Jesuitas sacaban de aquel país tres millones de cruzados al año, que por lo mismo mantenían en el aislamiento y el secreto tan pingüe provincia, y propuso traer al dominio portuguez las siete comarcas del Uruguay, cediendo á la España la Colonia del Sacramento. Gustó la idea en Lisboa, y mucho mas en Madrid, cuyo gobierno cediendo una vasta extensión de terreno infructífero, adquiría una plaza de grande importancia para sus posesiones americanas y excluía á los Portugueses del tráfico con lo interior de la América Meridional.

Primero se resolvió que los habitantes se quedasen en los territorios que ocupaban, aunque mudando de dueño; pero después se decretó (hablo de personas, no de animales), que también entrasen en el trueque. Los Jesuitas, que de este modo perdían treinta mil colonos, reclamaron, mostrando á la España que los Portugueses, y por consiguiente los Ingleses, iban á aprovecharse de las hermosísimas selvas de aquellas regiones. Sus quejas no fueron oídas y el padre Visconti, su general, recomendó al provincial del Paraguay que no se opusiera á la ocupación de las siete reducciones, sino que las abandonase desde luego. Pero aquel profundo sentimiento que nos hace conocer que somos dueños del suelo donde nacemos, bastó para mostrar á los Indios la iniquidad de ambas condiciones (1).

(1) « Los Indios (escribía el provincial) tienen la firme convicción de que no es la voluntad del rey quitarles sus tierras que han poseído por ciento treinta años, y cuyo derecho les ha sido confirmado por varias reales cédulas. Precisamente en esta confianza construyeron, no ya aldeas, sino verdaderas ciudades, con gran número de edificios con cornisas de piedra, bajo las cuales se camina á lo largo de las casas sin temor de la lluvia. Entre sus iglesias, que son magníficas, la que ménos ha costado con los ornamentos 100,000 ducados, sin contar la de San Miguel, en cuya fábrica, toda de piedra, y que no puede estimarse en ménos de 200,000 escudos, han trabajado diariamente por espacio de diez años de ochenta á cien hombres. Agréguese á esto la memoria que les es muy cara de las plantas sembradas por ellos y en cuyo largo cultivo han empleado más de treinta años, para hacer con sus frutos una bebida continua. El valor de estas plantas en las siete poblaciones pasa de 1,000,000. Las semillas de algodón con cuyo fruto hacen el hilo y con este las telas, no valen ménos que las plantas. No pueden ver con paciencia que saliendo del país, dejan en él mas de un millon de cabezas de ganado entre vacas, ovejas,

Repugnaba sobre todo á los del Sacramento haber de trasladarse á estériles llanuras; irritados por tanto, quemaron los escudos de armas de España y sublevándose contra Españoles y Portugueses, esperaron á pié firme la acometida de las tropas; pero estas en media hora mataron dos mil y dispersaron ó hicieron prisioneros á los demas.

Sabiéndose que los Jesuitas eran omnipotentes entre ellos, se creyó que los habían excitado á la sublevación, y se esparció la paparrucha que meditaban fundar una república en medio de los dominios de un rey para rebelarlos contra este. Ciertamente era desmesurada la influencia de los Jesuitas en Portugal: « La corte de Lisboa (dice el padre Georgel, ardiente defensor de aquellos) les había prodigado muestras de la mas ilimitada confianza; en la corte no eran solo directores espirituales de los príncipes y princesas, sino consejeros de los reyes y ministros en los negocios de importancia, y no se daba paso en la Iglesia ni en el Estado sin su consentimiento é intervencion. » Gobernaba entonces el reino Sebastian José

Pombal, que educado en las ideas francesas, y habiéndose propuesto regenerar la nación, pero con medios absolutos, debía odiar á aquella orden que ponía obstáculos á su marcha. Como especulador, quería alejar la competencia de aquellos hombres activos, como adepto de los filósofos deseaba atraerse su benevolencia hiriendo en el blanco que ellos le señalaban. Envió, pues, á su hermano como gobernador del Maranhão y del Gran Para, con tropas, pleinos poderes y comisión secreta para buscar un pretexto de separar de las misiones á los Jesuitas: sordo preludio de la tempestad. Después en la noche del 19 de setiembre de 1757, los Jesuitas portugueses recibieron de improviso la orden de salir inmediatamente y para siempre de la corte, sin llevarse cosa alguna, y poco después comenzó Pombal una guerra de pluma, como entonces se usaba, denigrando desenfadadamente la conducta de los Jesuitas en América, suponiéndolos autores del descontento y sublevación que en el Paraguay habían sido ocasionados por sus propios desórdenes, y pidiendo al papa que adoptase medidas para poner término á los abusos, á los excesos, á los crímenes cotidianos que cometían y hacerlos volver á la santa observancia primitiva. Benedicto XIV, próximo á la muerte, publicó una bula (*In specula*) en que declarándose informado por el rey de Portugal de los gravísimos abusos que se habían introducido entre los Jesuitas de los dominios portugueses, y con el fin de evitar el escándalo, autorizó para reformarlos al cardenal Francisco de Saldanha, destinado ya por

caballos y mulas... Va en ello la vida de los misioneros; porque los Indios están resueltos á no obedecer, y los neófitos prefieren someterse á la autoridad de Portugal antes que abandonar sus propiedades; y en fin, se encuentra gravemente comprometida la salud de sus pobres almas, por esta providencia injusta que les expone á desobedecer á los superiores. »

Pombal para este encargo. Saldanha, antes de oírlos, expidió un decreto en que se mostraba muy informado de sus hechos, y les mandaba separarse del comercio y denunciar en el término de tres días los objetos de tráfico, capitales y valores que tuviesen, para que pudieran aplicarse al mejor servicio de Dios. Entretanto otros delegados suyos exploraban las casas y examinaban sus libros en el Paraguay, el Maranhão y el Brasil; y viendo que en efecto traficaban, les recogían por lo general las licencias de confesar y predicar.

De repente, sin saberse de dónde procede, corre la voz de que á José, rey de Portugal, se le han disparado tres tiros: nadie los ha oído, nadie ha visto al rey mas que Pombal y el médico, pero se dice que la mano de los Jesuitas ha dirigido los disparos, y para juzgar á los reos se instituye una comisión presidida por Pombal. Reducidos á prisión gran número de nobles, el duque de Avéiro, puesto á cuestión de tormento, confesó haber querido matar al rey, á instigación de los Jesuitas. En vano se retractó después que se le dejó de martirizar; dictóse la sentencia en aquella causa en que nada había de positivo mas que voces y rumores de una conspiración, y por consecuencia de ella fueron condenados Ferréira, gentil hombre de cámara del rey, al suplicio del fuego, y los demas al de la rueda. Leonor (1759), de la familia de los marqueses de Tavora, por la gracia de Dios, vi reina de Goa, mujer hermosa y culta, fué decapitada, su marido descuartizado, sus hijos, su yerno y sus criados ahorcados, sus bienes confiscados, arrasados sus palacios y abolido su nombre: ejecuciones atroces como las de la época de la peor barbarie.

La indignidad del proceso es la mejor disculpa de los acusados: baste decir para colmo de infamia, que además de tener oculta con el mayor sigilo la causa, prohibió el rey que se volviera á ver nunca. Los curiosos no pudieron descubrir sino que volviendo el rey á su palacio después de un coloquio amoroso con aquella marquesa, fué asaltado por su marido y cuñado. Esto parece lo mas probable; la conspiración es lo mas inverosímil: en el fondo semejante atrocidad fué efecto de una venganza de Pombal, porque no había podido conseguir hasta entonces la mano de una Tavora para su hijo, con el cual la casó después de estos sangrientos preludios; y al mismo tiempo suscitó ó supo aprovechar este incidente para abatir á los Jesuitas y á la aristocracia, dos poderes contrarios al despotismo central que ideaba establecer. Se confirmó, pues, la voz de que los instigadores del delito habían sido los Jesuitas, y especialmente los padres Juan Alejo de Souza, Juan de Mátos y Gabriel Malacrida.

Clemente XIII (Carlos Rezzonico), que sucedió á Benedicto XIV, se había mostrado mas favorable á los Jesuitas, y Lorenzo Ricci, su general, le había presentado una reclamación contra las imputaciones que se hacían á la